

LA DESMITIFICACIÓN DEL DICTADOR EN EL OTOÑO DEL PATRIARCA

Gilberto González
Programa de Literatura
UNAB

En *El otoño del patriarca*, la novela de dictador de Gabriel García Márquez, subyace como recurso de significación una clara estructura mítica cuyo propósito es, sin duda, desmitificar la figura del gobernante autoritario ilegítimo.

En esta lección se procura demostrar cómo la lectura de la esta novela debe conducir a descubrir el sentido estructural mítico subyacente, pero en forma inversa al clásico, mediante el empleo de diferentes recursos discursivos. Esta lectura debe mostrar la imagen del patriarca como un anti-héroe que, lógicamente, no redime a la sociedad del caos, sino que la sume en una desintegración casi total.

Antes de abordar el asunto en la novela, es necesario contextualizarla y precisar los conceptos pertinentes al dictador, al mito y a las novelas de dictadura.

Las dictaduras latinoamericanas

En la época en que fue publicado *El otoño del patriarca* (1975) el panorama político de América Latina mostraba la vigencia de dictaduras en pleno ejercicio del poder como las de Anastasio Somoza en Nicaragua, la de Alfredo Stroessner en Paraguay y las de las Juntas Militares de Chile (comandada por Augusto Pinochet), Perú, Uruguay, Ecuador, Bolivia y Brasil. Esos gobiernos autoritarios y represivos eran en ese momento en Hispanoamérica no solo continuación de un fenómeno político surgido durante las guerras civiles desatadas después de la independencia de España, sino también un puente hacia otras que reafirmarían la obstinación dictatorial de los militares del subcontinente, muchos de ellos formados en la Escuela de las Américas de los Estados Unidos. Hoy sabemos, gracias a la

publicación de archivos antes secretos que lo norteamericanos empleaban estrategias como la Operación Cóndor o Plan Cóndor, con el fin de coordinar acciones y mutuo apoyo entre las cúpulas de los regímenes dictatoriales del Cono Sur y los Estados Unidos (Recuperado de: [Plan Condor servicios2.abc.gov.ar/docentes/efemerides/24marzo/.../plancondor.htm](http://PlanCondor.servicios2.abc.gov.ar/docentes/efemerides/24marzo/.../plancondor.htm)).

Este panorama dictatorial, no exclusivo de Latinoamérica, era descrito por Eduardo Haro Tecglen, con estos términos poco alentadores: “Por lo menos tres cuartas partes de los países que forman la Organización de las Naciones Unidas, que en su carta fundacional y en todos sus textos fundacionales y doctrinales condena la dictadura, tiene regímenes dictatoriales...en la cuarta parte restante, de países considerados o definidos como democráticos, los vestigios dictatoriales son aún muy considerables” (1976: 7) A estos datos se podría agregar que el historiador Francisco García Calderón a mediados del siglo pasado se atrevió a aseverar que la historia de estas repúblicas (hispanoamericanas) se podía reducir a la biografía de sus hombres representativos, que el espíritu nacional se concentraba en los caudillos, jefes absolutos o tiranos bienhechores.” (Mijares, Augusto: 1952).

Por los alcances de este trabajo, no es pertinente ahondar en la indagación de las causas históricas y sociopolíticas de estas dictaduras. Basta mencionar que algunos estudiosos del fenómeno han creído ver sus raíces en la España de la Reconquista y el reinado de los reyes católicos –unión de lo tomístico con lo maquiavélico-, cuyos rasgos violentos habrían sido trasplantados desde la época de la conquista a las colonias. Otros, en cambio, han tratado de explicar esos gobiernos autocráticos imputándolos a las organizaciones indígenas y africanas en las que un cacique ejercía un poder tal que sus súbditos ni siquiera podían mirarlo a la cara y para dirigirse a él, debían postrarse con mucha reverencia (Hamill: 1965). Y otros eruditos más llegaron al colmo de achacarle parte del fenómeno dictatorial a la geografía. Curtis Wilgus, por ejemplo, escribió: “Mountains, deserts, plains, and jungles have all played a part in making not only the people of Hispanic America but the States of Hispanic America what they are today... Had it not been for the vast pampa of Argentina. Rosas might never have appeared; or had the altitude been lower in Peru and Bolivia, Santa Cruz might have never achieved his political pinnacle; or had the climate been less

tropical, Francia might never have played the despot par excellence for so many years...” (1937: 6).

Cualesquiera hayan sido las causas profundas de la violencia y de la dictadura en estas tierras de América, lo tangible es que desde la independencia del yugo español y ante las insalvables diferencias políticas entre los libertadores se produjo un vacío de legitimidad gubernamental que intermitentemente quisieron llenar los denominados caudillos a lo largo del siglo XIX y buena parte del XX. Fueron hombres de distinto carácter, personalidad y oficio que ejercieron el poder temporalmente a su manera, creyendo encarnar en la gran mayoría de los casos “la imagen arquetípica el hombre sabio, el salvador o el redentor (que) yace enterrada y durmiente en el inconsciente humano”, al decir de Marcelino Peñuelas (1965). Los nombres y adjetivos que se acuñaron ellos mismos o que les asignan los historiadores dan una idea de lo que representaban: caudillo, caudillo máximo, caudillo ilustrado, caudillo telúrico, caudillo bárbaro, jefe máximo, hombre fuerte, benefactor, restaurador, general, excelentísimo general... En la mayoría de los casos estos poderosos señores recibieron en mayor o menor medida apoyo de las masas sedientas de justicia social, el respaldo de la Iglesia y la complacencia de los empresarios extranjeros. John J. Johnson explicó la intervención de estos últimos, así: “A flourishing trade was the desire of the businessmen, and just as the dictator learned the advantage of foreign loans, so the foreigner trader quickly appreciated the virtues of authoritarian government.” (Hamill: 1965: 128)

Las novelas de dictador

Las raíces de la narrativa sobre el dictador se han encontrado en *Facundo: Civilización y barbarie*, de Domingo Faustino Sarmiento, publicada en 1845, y considerada una obra en la que se entrecruzan los géneros literarios (ensayo, narración, estudio histórico). En ese texto, el autor presenta un análisis personal de los factores que producen el autoritarismo, referido para el caso al gobierno de Juan Manuel de Rosas en la Argentina del siglo XIX.

La primera novela que refleja una dictadura es *Amalia*, la obra de José Mármol, publicada entre 1851 y 1855, que sin duda, recrea el ambiente y acontecimientos durante “el año del terror” bajo la dictadura del personaje mencionado arriba, Juan Manuel de Rosas. Sin

embargo, a quien se considera el primer novelista en escribir una obra en español, específicamente sobre la dictadura en tierras americanas fue el escritor español Ramón del Valle Inclán, quien publicó en 1926 *Tirano Banderas*. Esta es la historia tragicómica de un cabecilla de “tierra caliente”, basada en algunos datos históricos y en referencias personales. La acción se desarrolla en un país llamado Zamalpoa, en el siglo XIX, y gira en torno a la inútil defensa del capital usurario y comercial español durante los años que siguieron a la independencia. La vigencia histórica de este asunto ha sido puesta en duda por algunos críticos. (Benedetti: 1976). El mayor logro de Valle Inclán es el haber creado la imagen del Esperpento, para referirse al dictador.

El señor Presidente, de Miguel Ángel Asturias, novela publicada en 1946 siguió a tirano Banderas, aunque al parecer fue escrita a finales de los años veinte. Su asunto está contextualizado durante la dictadura de Manuel Estrada Cabrera en Guatemala. Según la crítica tiene apreciable valor literario e histórico.

El gran Burundún –Burundá ha muerto, del colombiano Jorge Zalamea, publicada en 1951 ocupa según la crítica un punto intermedio importante en la evolución de la novela del dictador. En ella se cuentan aspectos de la vida de un personaje autoritario imaginario que muere, y en cuyo funeral, en lugar de su cuerpo en el ataúd, aparece el de un loro gigantesco.

En 1959, el escritor chileno publicó la novela titulada *La fiesta del rey Acab*, considerada también novela de dictador, porque los acontecimientos se refieren a César Alejandro Carrillo, un dictador ficticio.

Las tres novelas consideradas claves para la comprensión y análisis de las dictaduras americanas en el último tercio del siglo pasado fueron publicadas entre 1974 y 1975. Son: *El recurso del método*, del cubano Alejo Carpentier; *Yo, el supremo*, del paraguayo Augusto Roa Bastos, y *El otoño del patriarca*, de Gabriel García Márquez. Las tres son versiones histórico – literarias de un dictador particular. La de Carpentier se ocupa de un dictador ilustrado; la de Roa Bastos del dictador histórico, Gaspar Rodríguez de Francia, y la de García Márquez de un personaje fruto de la creación literaria que parece ser el

súmmum de los dictadores latinoamericanos. Esas tres obras tuvieron extraordinaria acogida del público y de la crítica.

Después de estas novelas se han seguido publicando otras que directa o indirectamente se refieren a dictadores o personajes autoritarios; entre ellas vale la pena mencionar *La fiesta del chivo*, de Mario Vargas Llosa, del año 2000, en la que reconstruye literariamente los últimos días del dictador Rafael Leónidas Trujillo de la República Dominicana.

Aproximación al análisis mítico

Para alcanzar el propósito de este trabajo sirve de guía el método propuesto por Juan Villegas en su obra *La estructura mítica del héroe en la novela del siglo XX* (1973). Este método consiste a grandes rasgos en buscar las estructuras narrativas subyacentes en el texto objeto de análisis, y examinar si a ellas se les puede asignar significaciones que correspondan de algún modo al paradigma de la vida del héroe clásico. Esta vida está constituida por tres etapas identificadas generalmente así: Vida abandonada, Iniciación y Regreso. Cada una consta de unidades míticas mínimas llamadas Mitemas, y además, por una serie de motivos o subtemas redundantes. El número y clase de estos elementos varía porque como anota Villegas, “parte de la riqueza del mito radica en su variedad y posibilidad e metamorfosis de acuerdo con las necesidades internas de la novela y con el momento histórico que actualiza” (1973: 25).

En esta clase de análisis los contenidos ideológicos y la resonancia social dentro de los mismos en el texto ayudan a encontrar la clave del mensaje de la obra y el sentido de la visión de mundo que se haya querido comunicar.

Aunque Villegas en su texto no trata los aspectos relacionados con los recursos retóricos y la técnica literaria que moldean la significación en un texto, estos son importantes en el tratamiento mítico de un asunto literario; con mayor razón, dentro de lo que se conoce en la literatura latinoamericana como el realismo maravilloso, del cual son representantes sobresalientes Carpentier y García Márquez. Tales recursos son, en la parte discursiva o retórica, la reiteración, la hipérbole, la ironía, y la sátira; y en la de la técnica narrativa,

principalmente la segmentación de la fábula o historia, el punto de vista y el manejo del tiempo.

La estructura y otros aspectos generales de *El otoño del patriarca*

La trama de esa novela está tejida en torno a la muerte del dictador –de puro viejo-. A partir de ese acontecimiento, en una estructura de seis alientos, se reconstruyen los sucesos sobresalientes de su vida y su gobierno. Se nos habla de la madre, del origen, de su condición de caudillo en las guerras civiles, de su “reino de podredumbre”, de su triste soledad y crónico desamor.

La estructura narrativa de la obra es circular concéntrica, en el sentido de que cada parte se inicia con la visión del cadáver del dictador. En el primer aliento, es hallado por una turba de gente estupefacta e incrédula. Este hallazgo es motivo para recordar en viraje al pasado, la etapa de su vida doble, de su primera muerte, de la época de la restauración del país y de la fábula del descubrimiento de América. El segundo aliento o círculo, comienza con la sustentación histórica de la estupefacción y la incredulidad de la gente; es decir, desde otra perspectiva, con las versiones acerca de carácter inmortal del patriarca. Se relata allí, la invasión de los Marines, el aniquilamiento de los generales rivales, y la imposibilidad del amor con “Manuela Sánchez de mi desventura”, como repite él. El tercer círculo lo ocupan las referencias a la etapa de caudillo mesiánico, a la destrucción del país por un ciclón, a la farsa de la lotería nacional y a la represión contra los levantamientos armados o complots para derrocarlo. En el cuarto se relata la farsa de los extraordinarios milagros de la madre muerta, seguida de los enfrentamientos con la Iglesia y la canonización por decreto. El quinto aliento se centra en la vida matrimonial del patriarca. Allí se narran los desmanes de su esposa e hijo, el asesinato de ellos y la ola de represión que se desata por esa causa. Y el último círculo tiene como asunto central la etapa de decrepitud total del dictador.

El locativo espacial en el que sitúan los hechos es un país del Mar Caribe, llamado por los marines invasores “corral de negros.” Desde ese lugar, el dictador “había visto el reguero de islas alucinantes de las Antillas que alguien le iba mostrando con el dedo en la vitrina del mar...la Martinica... Paramaribo... la playa de Tanaguarena... La Guayra... la

pesadilla de Haití... el corral de piedras de Cartagena de Indias...” (García Márquez: 1975: 43)

El locativo temporal de *El otoño del patriarca* es, en primer término, el tiempo casi estancado durante el cual aparece siempre el cadáver del patriarca tal como fue hallado, o su exposición en cámara ardiente. En segundo término, el tiempo cronológico abarcado por la narración mediante la vuelta en espiral al pasado, que ocupa muchísimo tiempo. En algún momento va hasta el descubrimiento de América, quizás dando a entender que el fenómeno de la violencia y la dictadura tiene sus remotas raíces en esa época.

Desde una perspectiva histórica, el patriarca es “un ente promedial” (Benedetti, 1976: 55); es decir, una síntesis de dictadores reales, cuyos rasgos y acciones aparecen referidos literariamente a lo largo del texto de la novela, como se sustentará parcialmente adelante.

La estructura mítica a la inversa en *El otoño del patriarca*:

En la novela de García Márquez la trayectoria vital del dictador es presentada de acuerdo con la estructura del héroe clásico, pero a la inversa; es decir, los contenidos de los mitemas son presentados en oposición al modelo original. Según los ciclos, el asunto debe leerse así:

La vida abandonada del héroe clásico está relacionada generalmente con la concepción, el nacimiento, su infancia y adolescencia. Los datos sobre estas etapas son, en principio, oscuros y no tienen mayor importancia. Sin embargo, en un momento inesperado, el héroe reaparece triunfante, regresa después de una larga ausencia. Entonces, es reconocido y se revelan sus rasgos sobresalientes. Se sabe, por ejemplo, que la concepción fue inusual, que procede de sangre noble (de dioses o semidioses) y que recién llegado al mundo su vida había sido amenazada.

Esos mitemas se cumplen en el caso del patriarca, pero a la inversa, muy seguramente con el propósito de desmitificarlo. De él se cuenta, por ejemplo, que “Aunque todo rastro de su origen había desaparecido de los textos, se pensaba que era un hombre de los páramos por su apetito desmesurado de poder...” (p. 50) *, y que a su madre, Bendición Alvarado, “los textos escolares atribuían el haberlo concebido sin concurso de varón y de haber recibido en

- Las páginas de las citas corresponden al texto de *El otoño del patriarca* de 1975

un sueño las claves de su destino mesiánico...” (p.51) Sin embargo, esta versión oficial es desvirtuada por ella misma cuando en su agonía le habla al hijo:

Le contaba cómo le echaron su placenta a los cochinos, señor, cómo fue que nunca pude establecer cuál de tantos fugitivos de vereda había sido tu padre, trataba de decirle para la historia que lo había engendrado de pie y sin quitarse el sombrero por el tormento de las moscas metálicas de los pellejos de melaza fermentada de una trastienda de cantina, lo había parido mal en un amanecer de agosto en el zaguán de un monasterio, lo había reconocido a la luz de las harpas melancólicas de los geranios y tenía el testículo derecho del tamaño de un higo y se vaciaba como un fuelle y exhalaba un suspiro de gaita con la respiración... y sólo una adivina de circo cayó en la cuenta de que el recién nacido no tenía líneas en la palma de la mano y eso quería decir que había nacido para rey y así era.. (pp. 135-136)

Queda claro en lo anterior cómo los mitemas sobre la vida abandonada atribuidos en principio al patriarca, resultan falsos, y luego desmentidos de manera tal que cuando se revelan las verdades, la imagen del personaje resulta caricaturizada y grotesca. Además, el vaticinio de un futuro de rey mediante una fugaz parodia de un acto de quiromancia es ridícula y negada por la calidad del intermediario: una adivina de circo; es decir, alguien sin el menor asomo de preparación en esa práctica adivinatoria.

El mundo y las circunstancias sociales en que nace el héroe se caracterizan por ser tiempos difíciles, tiempos de mucho sufrimiento para la gente. En *El otoño del patriarca* esa situación es presentada a través de referencias a la vida de la madre mediante la voz de distintos narradores. Ella, se cuenta, vaga de un lugar a otro procurando vender pájaros de colores pintados por ella misma. Su labor resulta siempre infructuosa. Entonces, “se sentaba ahí padre, en la resolana de los fogones, esperando que alguien le hiciera la caridad de acostarse con ella en los pellejos de melaza de la trastienda, para comer, padre, no más que para comer, porque nadie era tan montuno para comprarle...” (p.151) Pero también ese escenario de miseria es significado mediante referencias a la pobreza del país, de las cuales forman parte estas imágenes y expresiones: “la miseria de las mujeres sin hombres”, “el desorden de colores de las barracas de los negros”, “los gallinazos ahitos en los balcones”,

“los leprosos acostados en los rosales, los paralíticos en las escaleras”, “el burdel de negros”; en fin, “su reino de podredumbre.” Todo está estructurado para que el lector imagine un escenario caótico y plagado de necesidades. Incluso el propio patriarca llega a dar su versión el estado de la patria antes de su reinado:

La patria grande, quimérica, sin orillas, un reino de manglares con balsas lentas y precipicios anteriores a él cuando los hombres eran tan bravos que cazaban caimanes con las manos... nos contaba que un viernes santo había sentido el estropicio del viento y el olor de caspa del viento y vio los nubarrones de langostas que enturbiaron el cielo del medio día e iban tijereteando cuanto encontraban a su paso y dejaron el mundo trasquilado y la luz en piltrafas como en las vísperas de la creación... había ido de la mano de su madre, descalzo, detrás del cadáver harapiento que llevaron a enterrar sin cajón sobre una parihuela de carga azotada por la ventisca de la langosta, pues así era la patria de entonces, no teníamos ni cajones de muerto, nada, él había visto un hombre que trató de ahorcarse con una cuerda usada ya por otro ahorcado en el árbol de una plaza de pueblo... pues así eran aquellos tiempos de godos en que Dios mandaba más que el gobierno, los malos tiempos de la patria antes de que él... (p. 172)

Como puede deducirse, el mundo de la infancia del patriarca, como en el modelo clásico, se encontraba sumido en el caos por una de las plagas bíblicas, pero las carencias resultaban tan sorprendentes y paradójicas que no se entiende bien la equivalencia entre un ataúd y una soga nueva para suicidarse. Lo que se percibe en los semas es la reiteración del sentido desesperación, carencias y muerte en el espacio vital del patriarca. Se puede agregar que de acuerdo con los apartes discursivos del personaje, él sintió un llamado a acabar con el caos y lo logró, según da a entender cuando refiere los malos tiempos del mundo antes de él.

De acuerdo con lo anterior, la situación crítica del contexto nativo del patriarca corresponde al mitema del paradigma clásico. De acuerdo con esa situación, el héroe debe regresar de su involuntario alejamiento para solucionar los problemas de su comunidad mediante una labor virtuosa que lo va a identificar como el salvador o redentor de la sociedad. Aunque este asunto es parte de la segunda etapa, vale la pena anticipar que en el caso del patriarca, esa labor se manifiesta en determinaciones ridículas que, por supuesto, lo despojan de cualquier aureola heroica. Mediante el recurso de la ironía se nos cuenta (tal vez rememorando las imágenes de su infancia) que manda cortar los árboles de las plazas para

evitar los ahorcamientos de desesperación de las gentes, y que prohíbe que se lleven a cabo entierros sin ataúd. Además, sobre la construcción del ferrocarril afirma con ingenuo orgullo que la hizo “para acabar con la infamia de las mulas aterrorizadas en las cornisas de los precipicios llevando a cuestras pianos de cola...” (p.173) En otras palabras, algunas obras que podrían ser consideradas virtuosas en el sentido clásico, en la mente del patriarca obedecían a motivos sin ningún aliento heroico. Claramente, el patriarca se va mostrando como un anti-héroe.

Los motivos de la orfandad y el desarraigo de la primera etapa del héroe clásico, así mismo, se pueden rastrear parcialmente en la primera etapa de la vida del patriarca. El primero podría deducirse de la falta del padre y familiares, ya que solo se sabe de la cercanía de la madre. El desarraigo, por otro lado, podría deducirse de la vida ambulante con la madre. Estos dos motivos contribuyen a la desmitificación, en el sentido de que el patriarca es un ser desligado de todo afecto y sin arraigo en ninguna parte, pues no tiene vínculos con nadie y en el ejercicio del poder se destaca el rasgo de absoluta soledad en la que vive. Soledad anti-heroica: no admira ni es admirado; no ama ni es amado. Cuando muere, como se dijo, hay estupefacción al comienzo, pero después se produce un desbordamiento de júbilo general.

La segunda etapa de la vida del héroe originario es la de los trabajos o pruebas. Se conoce también con el nombre de Iniciación. Juan Villegas dice al respecto que en esa instancia el héroe clásico “se encuentra con todo un camino –interior y exterior- por recorrer, en el cual se ha de encontrar con obstáculos, dificultades, situaciones favorables que le irán descubriendo progresivamente un nuevo sentido para su existencia o un sistema de valores diferentes en el cual sustentar sus convicciones.” (1973: 103) Por otra parte, la razón esencial de esta segunda etapa es “to establish the identity of the hero beyond dispute and thereby to legitimize the hero and his descendants. Tests cover perseverance, loyalty, honesty, courage and power.” (Morris, 1975: 116)

El único hecho de iniciación en la vida del patriarca lo constituye su participación en las guerras civiles, militando en la facción federalista. Aunque, como es de suponer –y se señala en la novela- el patriarca enfrenta los naturales trabajos y vicisitudes de las campañas militares, su desempeño dista mucho de ser heroico. Ni él ni los otros generales

defienden principios, se habla de la “ventolera liberal”, del “tumulto de la guerra”, de las “calenturas” y los “delirios” que la guerra les causaba. El propio patriarca le confía de este modo sus ideales al invasor extranjero: “... me enrolé agonizando de calenturas en el tumulto de la guerra federal, y no crea usted que lo hice por el patriotismo que dice el diccionario, ni por el espíritu de aventura, ni menos porque me importaran un carajo los principios federalistas que dios tenga en su santo reino, no mi querido Wilson, todo esto lo hice por conocer el mar...” (p.201) Evidentemente, en estas palabras no hay ideales heroicos. Todo lo contrario, un capricho o interés egoísta.

Curiosamente, en *El otoño del patriarca* se pueden encontrar algunos motivos míticos de la Iniciación del patriarca semejantes a los de la epopeya clásica. Bendición Alvarado, por ejemplo, es como la diosa madre solícita que va tras de su hijo y procura protegerlo rezando “oraciones secretas... durante los combates, para torcer el rumbo de las balas que le disparaban...” (p.143); o impidiendo “que le caminaran por encima las mulas de la tropa cuando se derrumbaba por los suelos enrollado en una manta...” (p.139). sin embargo, estos hechos son una parodia del mundo clásico, con el propósito de destacar la condición anti-heroica del personaje.

En este proceso anti-heroico cobra gran significado la ausencia de dos motivos clásicos: el amor y el aprendizaje como formación para el cumplimiento de la gran misión del héroe. En el caso del amor, el patriarca inicia su vida sexual “con una mujer de soldados” de un modo fugaz, burdo y lastimoso que presagia su eterna insatisfacción de “marido urgente” y su innata incapacidad para el amor. En lo referente a la carencia de formación, que es un motivo o tema reiterado en la novela, vale la pena destacar el episodio en el que Bendición Alvarado exclama ante el patriarca y el cuerpo diplomático en pleno: “si yo hubiera sabido que mi hijo iba a ser presidente de la república lo hubiera mandado a la escuela...” (p.52)

Una vez el héroe ha superado las pruebas regresa a su mundo originario llevando el mensaje de redención o la sabiduría que le permitirá llevar a cabo su destino mesiánico. Ese regreso en el paradigma clásico debe realizarse en forma natural e implica de parte del héroe ya en el poder la idea de virtud y servicio a la comunidad. Joseph Campbell anota a este respecto que la idea básica no es el retorno en sí, sino la responsabilidad de divulgar la

sabiduría adquirida con el fin de que los demás también puedan acceder a la forma de vida que ese saber ofrece (Villegas, 1973: 133).

Para el caso del patriarca, el mitema del regreso se produce “la noche de sangre en que él entró por primera vez en la casa mostrenca.” (p. 253) Desde ese momento, en esa atmósfera de oscuridad, él aparece instalado en el solio presidencial. Las reales circunstancias le son recordadas en una primera oportunidad al mismo patriarca por su doble, Patricio Aragonés, con estas duras palabras: “...usted no es el presidente de nadie ni está en el trono por sus cañones sino que lo sentaron los ingleses y los sostuvieron los gringos con el par de cojones de su acorazado...” (p. 29) En otra ocasión reveladora mediante el recurso de varios narradores se conocen más detalles:

Y entonces fue cuando el comandante Kitchener me dijo señalando el cadáver que ya ves, general, así es como terminan los que levantan la mano contra su padre, no se te olvide cuando estés en tu reino, le dijo, aunque ya estaba, al cabo de tantas noches de insomnios de espera, tantas rabias aplazadas, tantas humillaciones digeridas, ahí estaba, madre, proclamado comandante supremo de las tres ramas y presidente de la república por tanto tiempo cuanto fuera necesario para el restablecimiento del orden y el equilibrio económico de la nación, lo habían resuelto por unanimidad los últimos caudillos de la federación, con el acuerdo del senado y la cámara de diputados en pleno y el respaldo de la escuadra británica por mis tantas y tan difíciles noches de dominó con el cónsul Macdonall, sólo que yo ni nadie lo creyó al principio...” (p.254)

En definitiva, la forma como llega el patriarca al poder niega tanto el rasgo heroico como la legitimidad. Ningún héroe es entronizado por nadie; son sus virtudes, su sabiduría y sus hazañas en favor de una comunidad las que le dan acceso al poder. En el caso del patriarca, una vez más, se subraya su condición contraria a la del heroísmo. Este rasgo resulta acentuado aún más cuando se conocen otros motivos dominantes en el texto: la longevidad, el ansia de inmortalidad, el delirio sexual, la fecundidad anormal, el olvido y la soledad. Todos son contrarios a los de los héroes clásicos, que generalmente morían jóvenes y aceptaban ese destino como aspiración natural. Les bastaba una existencia corta, pero paradigmática, ejemplar. El ansia de inmortalidad de ellos no era terrena, física, sino trascendental y fundamentada en sus acciones virtuosas.

La edad del patriarca es un enigma. "...sus propios sicarios carecían de una noción exacta (de ella)", cuenta alguien. En otra ocasión se dice que murió "a una edad indefinida entre los 107 y los 232 años." (p.87) El ansia de inmortalidad es resaltada en el texto de El otoño del patriarca de múltiples formas. Una, por ejemplo, mediante la invención del doble, Patricio Aguilar, que le permite al personaje mostrarse en diferentes lugares y, sobre todo, eludir y confundir a sus enemigos. Este recurso es llevado hasta el extremo de hacer que asuma carácter divino y lo ejerza no solo en forma discursiva, sino en el ejercicio del poder. Valga citar como prueba estos episodios. Uno en el que ruge despóticamente: "Son la ocho, carajo, las ocho, dije, oren de Dios" (p. 72). Y otro en el que le manifiesta a un médico: "quien le ha dicho que yo me pienso morir, mi querido doctor, que se mueran los otros, carajo..." (p.250) Sin embargo, este ejercicio del poder absoluto llega al colmo de la negación cuando el patriarca siente la frustración de no poder mandar porque al querer hacerlo se da cuenta de que sus órdenes ya están cumplidas.

Los rasgos de soberbia tienen también su reverso en la novela. En el fondo se nos hace saber, en diferentes ocasiones, que el patriarca padece "la desdicha de intuir que es mortal" y, de no disfrutar del sexo, de tener hijos setemesinos (más de cinco mil) y de caminar paso a paso, día a día hacia la soledad más absoluta y hacia la muerte, repitiendo el mismo ritual de vagar "por su gran palacio vacío en las noches místicas de su soledad... impulsado inexorablemente a pesar del miedo hacia la necesidad de conocerse a sí mismo, hacia la búsqueda de sus orígenes míticos... en un viaje circular a su punto de partida, a la reincorporación con la naturaleza cósmica." (p.34)

Uno de los mayores motivos anti-heroicos de la fase del regreso del patriarca es el resultado de su gobierno. No es otro que el de la descomposición del país a causa de la demagogia, la corrupción administrativa y moral, el nepotismo, la hipoteca del país a una potencia extranjera, la miseria degradante del pueblo, la represión violenta de cualquier asomo de inconformidad..., en fin, una sumatoria de los males históricos de América Latina a mediados del siglo XX. Hay una correspondencia entre el rumbo del patriarca hacia su decrepitud y postración, y el del país hacia su total deterioro social y económico.

En las postrimerías del mandato personal del patriarca se ha contraído una deuda externa tan grande “que no han de redimir ni cien generaciones de próceres tan diligentes como su excelencia...” (p.273) Por esta razón, el patriarca realiza la acción más anti-heroica de su existencia: tiene que vender el mar, la única riqueza que le queda:

Les concedí el derecho de disfrutar de nuestros mares territoriales en la forma en que lo consideren conveniente a los intereses de la humanidad y la paz entre los pueblos, en el entendimiento de que dicha sesión comprendía no sólo las aguas físicas visibles desde la ventana de su dormitorio hasta el horizonte sino todo cuanto se entienda por mar en el sentido más amplio o sea, la fauna y la flora propia de dichas aguas, su régimen de vientos, la veleidad de sus milibares, todo, todo, pero nunca me pude imaginar que eran capaces de hacer lo que hicieron de llevarse con gigantescas dragas de succión las esclusas numeradas de mi viejo mar de ajedrez... (p. 249)

El último mitema del paradigma del héroe es el de la muerte. Gilbert Morris C. dice al respecto: “The community poignantly feels it because it throws society back to the chaotic barbarism from which the hero rescued it... Because the epic hero is the bonding unit of society, the hero’s death causes hysteria... if the hero dies, his people die. Such is the death of Hector, even the temporary withdrawal of Achilles... Because the hero provides the boundaries of discipline and order, his absence signals a dissolution, a chaotic situation...” (1975:115)

A la inversa, como se ha reiterado, se puede determinar el paradigma de la muerte del héroe en *El otoño del patriarca*. Aquí muere el anti-héroe, el ser demoníaco que hunde a la sociedad en el caos. Ante la muerte del patriarca, el pueblo se asombra ante la noticia, porque “ninguna evidencia de su muerte era terminante” (p.47); pero después, cuando se confirma el suceso “las muchedumbres frenéticas... se echaban a las calles cantando los himnos de júbilo de la noticia jubilosa de su muerte... (con) músicas de liberación y cohetes de gozo y campanas de gloria que anunciaron al mundo la buena nueva de que el tiempo incontable de la eternidad había por fin terminado.” (p.271). Al revés de lo señalado

en el párrafo anterior, la muerte del patriarca es asumida por quienes eran sus súbditos como la señal del despertar de una pesadilla que parecía no tener fin.

Conclusiones

El tratamiento literario del dictador con base en un paradigma mítico resulta evidente en *El otoño del patriarca*. Por una parte, hay una estructura mítica subyacente que enmarca la vida del protagonista en las tres etapas del héroe clásico o aristocrático. Por otra, hay un propósito claro de desmitificar la imagen o figura del dictador mediante el uso de motivos y recursos del paradigma heroico cuidadosamente seleccionados.

El dictador, encarnado en la novela por el patriarca, aparece básicamente significado como anti-héroe, es decir, un elemento portador de valores demoníacos para una comunidad. El resultado de su gestión como gobernante es, en consecuencia, la inmersión de esa sociedad en el caos, en la descomposición social y económica.

El patriarca como personaje es una invención literaria hiperbólica que pretende sintetizar los rasgos y el comportamiento de muchos de los dictadores de la historia latinoamericana, con el propósito de despojarlos de cualquier aureola de paternalismo o beneficio para la sociedad.

La novela está fundamentada así mismo, en referencias a la historia política de América Latina: guerras civiles, derrocamientos de presidentes, intervenciones extranjeras, crisis económicas, represión de movimientos de opositores... y, por supuesto, las frecuentes dictaduras en muchos de los países del subcontinente.

REFERENCIAS:

BENEDETTI, Mario (1976) “*El recurso del supremo patriarca*”. Revista de crítica literaria latinoamericana, Lima, año II, N° 310, pp. 55-67.

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. (1975) *El otoño del patriarca*. Barcelona, Plaza & Janes.

HAMILL, Hugh M. Jr. (1965) *Dictatorship in Spanish America*. New York, Alfred A. Knopf.

HARO TECGLÉN, Eduardo. (1976) *Qué son las dictaduras*. Barcelona, La Gaya Ciencia.

MIJARES, Augusto. (1952) *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*. Madrid, Afrodisio Aguado.

MORRIS C., Gilbert. (1975) *Political Myth and Epic*. Michigan State University.

PEÑUELAS, Marcelino. (1965) *Mito, literatura y realidad*. Madrid, Gredos.

VILLEGAS, Juan. (1973) *La estructura mítica del héroe en la novela del siglo XX*. Barcelona, Planeta.

WILGUS, Curtis (Ed.) (1937) *South American Dictators During the First Century of Independence*. Washington, D.C. The George Washington University Press.

